

El cura, los mandarines y el charnego

ANTONIO G. SANTESMASES

Universidad Nacional de Educación a Distancia (España)

Ya ha pasado más de un año desde que se produjo la polémica en torno al libro de Gregorio Morán¹. El hecho de que fuera censurado por Planeta y los motivos mismos de la censura —las páginas sobre el director de la Academia Española Víctor García de la Concha— dieron una enorme publicidad a la obra. A partir del escándalo, los acontecimientos se fueron sucediendo: la presentación del libro por parte de Toni Doménech y Xosé Manuel Beiras en una librería de Barcelona; el debate en el Teatro del Barrio en Madrid de Gregorio Morán con Juan Diego Botto y Juan Carlos Monedero y la conversación con Pablo Iglesias en el programa televisivo *La Tuerka* fueron momentos decisivos para dar a conocer la obra. Igualmente relevante fue el artículo del premio Cervantes Juan Goytisolo en el diario *El País*, rompiendo así el silencio al que estaba sometida la obra.

Muchos pensaron que estábamos inaugurando un nuevo tiempo donde comenzaba a ponerse en cuestión la política de la transición y, para este propósito, la obra de Morán no podría ser más oportuna. Se trataba ahora de enjuiciar no sólo aquella transición política sino la cultura que produjo. Las críticas de Morán aparecían como el mejor acompañamiento a las fuerzas políticas emergentes y a la apuesta por una segunda transición.

Leído el libro un año después y completada la lectura con *El precio de la transición* que acaba de ser reeditado, y con *La decadencia de Cataluña vista por un charnego*² esta apuesta debe ser matizada. ¿Hasta dónde llega la crítica de Morán a la política de la transición? ¿En qué medida piensa que es posible una segunda transición? ¿Cómo afecta todo esto al mundo de la cultura?

Son, pues, muchos los interrogantes que aparecen; todos ellos suficientes para considerar que la trayectoria de Gregorio Morán constituye un punto de referencia indispensable para todo aquel que quiera sumergirse en la historia actual de España. Si uno quiere profundizar en la historia del presente hay que reconocer que son pocos los analistas que han investigado la evolución del comunismo español, los avatares del nacionalismo vasco, las peripecias del nacionalismo catalán, la figura de Adolfo Suárez, la recepción de la obra de Ortega en plena dictadura franquista y, a la vez, han logrado escribir un artículo semanal en el diario *La Vanguardia*; realmente no es poca

¹ Morán, G., *El cura y los mandarines*, Madrid, Akal, 2014.

² Morán, G., *El precio de la transición*, Madrid, Akal, 2015. *La decadencia de Cataluña contada por un charnego*, Barcelona, Debate, 2013.

cosa. La obra sobre los mandarines viene, pues, a coronar, por el momento, toda una trayectoria periodística que a nadie interesado por estos temas debe dejar indiferente.

1. ¿Quién es el cura y quiénes los mandarines?

El cura es Jesús Aguirre y los mandarines de la cultura son, entre otros, José Luis Aranguren y Fernando Savater. Son las dos grandes figuras que ya aparecían en *El precio de la transición*, completadas ahora con editores como Javier Pradera (*El País*) y José María Castellet (figura muy conocida en el mundo editorial catalán). La nómina se completa con otros muchos intelectuales: algunos de la generación de Aranguren como Dionisio Ridruejo o Pedro Laín y otros de la generación de Castellet y Pradera como Carlos Castilla del Pino.

¿Quién fue Jesús Aguirre? Jesús Aguirre aparece como el hilo conductor de una historia que permite dar sentido a distintos acontecimientos: el encuentro de Munich entre el exilio y la oposición del interior; la amistad con José Luis Aranguren; la labor como editor en Taurus; el asesinato de Enrique Ruano; el abandono del sacerdocio; la colaboración con la UCD y el ducado consorte de la Casa de Alba que le permitirá llegar a la Academia Española. Toda una trayectoria desde cura antifranquista hasta duque consorte que muere en el palacio de Liria en la más absoluta soledad. Como personaje literario es inmejorable. Ir más allá parece muy discutible. Sobre todo si se pretende que Aguirre sea el paradigma de una izquierda que fue revolucionaria en los sesenta, acomodaticia en los setenta, colaboradora en los ochenta en el proyecto de modernización, acentuando paulatinamente su conservadurismo hasta el punto de que su gran aspiración era llegar a formar parte de la Academia Española.

Los dos grandes instrumentos de este proceso de modernización y acomodación, de legitimación de lo establecido y abandono de cualquier perspectiva utópica fueron el PSOE de Felipe González y el diario *El País* de Jesús de Polanco. Algún momento especialmente simbólico de aquella conversión al realismo se encarnó en el apoyo a la permanencia de España en la OTAN a mitad de los años ochenta del siglo pasado.

Frente a esos intelectuales acomodaticios que abandonaron veleidades revolucionarias (los más) también existieron intelectuales resistentes (los menos) que fueron fieles a sus principios y nunca fueron reconocidos, bien porque murieron tempranamente como Luis Martín Santos, o porque fallecieron en el exilio como Max Aub, o porque prefirieron marginarse del proceso de transición como Manuel Sacristán. Los tres aparecen como ejemplos de rigor y autenticidad frente al pragmatismo acomodaticio de los más.

También están los intelectuales conservadores que trataron desde los años sesenta de articular un pensamiento que contrarrestara la hegemonía que iban adquiriendo las figuras más relevantes del antifranquismo. Algunas de las páginas más interesantes del libro de Morán se refieren a los intentos del *Opus Dei* por jugar un papel relevante en la cultura española a partir de la revista *Atlántida* y de la editorial *Rialp*, siendo esencial el papel que jugaron historiadores como Vicente Cacho o editores como Florentino Pérez Embid.

En el libro, el lector encontrará igualmente una profusión de juicios de valor sobre novelistas como Cela o Benet, Goytisolo o Muñoz Molina o sobre la visión que de

aquellos años han tenido José Carlos Mainer o Jordi Gracia. Aquí es donde se centra una de las batallas que quiere librar Morán: ¿existió una resistencia silenciosa al franquismo? ¿se produjo un compromiso de los intelectuales en contra de la dictadura? La respuesta de Morán parece inequívoca: la resistencia fue escasa y el compromiso muy minoritario. Ese diagnóstico conduce a la cuestión posterior: ¿los que se comprometieron hasta perder sus cátedras tenían una obra literaria o ensayística relevante? ¿fueron acaso encumbrados como reconocimiento a su compromiso cívico aunque su obra era menor?

Creo que este conjunto de interrogantes centra el interés de la obra de Morán. El juicio es apodíctico: no hubo una resistencia significativa al franquismo; la oposición silenciosa tiene más de ficción consoladora que de realidad objetiva. Existió un enorme miedo, fruto del cual ha sido la transición resultante que fue un éxito para las fuerzas conservadoras, para los que venían del franquismo, porque la izquierda no quiso, no supo o no pudo hacer otra cosa.

No es Morán un autor propenso a preguntarse si podían haber ocurrido las cosas de otro modo o si la ruptura democrática fue posible. Las cosas fueron como fueron y es estéril, a su juicio, tener nostalgia ante lo que pudo ser y no fue. El PCE desapareció como elemento de referencia y todo el que quería hacer carrera política se encaminó hacia el “felipismo”, nombre que viene, claro está, de ese que considera gran jugador de billar —Felipe González— que supo aprovechar la ocasión y jugar el rol que se demandaba de él; visto así, el diseño de la transición fue un éxito. Tanto la restaurada Monarquía como los dos países dominantes, Estados Unidos y Alemania, podían estar satisfechos. El guión se había cumplido.

Los historiadores y los intelectuales supieron también estar a la altura para legitimar lo realizado, silenciar a los disidentes y acallar las voces críticas. La transición tenía que aparecer como modélica.

No es que Morán impugne este relato de la transición desde la añoranza por una ruptura imposible ni tampoco que anide en su alma la nostalgia por el comunismo (a pesar de sus años de militancia en el PCE); menos aún que su crítica a la transición conecte con las demandas de los nacionalismos periféricos y su reivindicación de una segunda transición. Sus páginas sobre Euskadi y el retrato de la Cataluña “pujolista” son demoledoras.

No hay, pues, reivindicación de un comunismo puro frente al comunismo realmente existente o crítica a la constitución del 78 desde las demandas de los nacionalismos periféricos. Ni siquiera se defiende la tesis de que nos encaminamos a una segunda transición. Las cosas fueron como fueron y la realidad hoy es como es. Por lo demás, todo este proceso de acomodación trasciende a la situación española. No cabe ser ingenuos: la política es así; es un oficio, repite una y otra vez Morán, al que sólo se pueden dedicar los que estén dispuestos a maniobrar, a mentir y a engañar. Los que pretenden otra tarea son almas bellas que no están hechas para el fragor del combate político; les falta la maldad necesaria para sobrevivir en la jungla de la vida política, como le ocurría a Paco Fernández Buey³.

³ Morán, G., “Queda cancelada la memoria” en *La decadencia de Cataluña contada por un charnego*, o. c., pp. 214-216.

El lector que soporte los adjetivos y las admoniciones, los argumentos *ad hominem* y las descalificaciones, y a pesar de todo siga leyendo, encontrará elementos de extraordinario interés. Tiene que saber, desde el principio, que estamos ante una mentalidad intempestiva. Para quienes le leemos cada sábado en *La Vanguardia* no es tanta la sorpresa. Somos conscientes de que tenemos amigos que no lo soportan y otros que repiten entusiasmados sus descalificaciones; es cierto que comienzan a cambiar de opinión cuando la descalificación se dirige a alguien por el que se tenga estima.

Me sorprende, sin embargo, que se haya interpretado su libro como una contribución decisiva al esfuerzo por articular una nueva política. Ahí pienso que muchos yerran; Morán es insuperable para demoler pero, a la vez, absolutamente incapaz de infundir ninguna esperanza. Para Morán, sin miedo no hay política y sin engaño no hay poder. Ese es el juego y todo lo demás es cerrar los ojos, sea en el paraíso asturiano o en el oasis catalán.

2. La resistencia al franquismo

Vayamos con los dos puntos que me gustaría analizar para animar a la lectura de la obra (de las obras) de Gregorio Morán. Como él dice en el prólogo a la reedición de *El precio de la transición*, se aprende más del adversario que de aquel que simpatiza con las propias ideas.

Empecemos por el personaje elegido. Quizás por haber vivido personalmente el mundo de la cultura cristiana de final de los años sesenta y principio de los setenta creo que el personaje adecuado para interpretar aquellos años no es Jesús Aguirre. Es un personaje relevante, pero me parece mucho más importante el papel cultural jugado en el *Instituto Fe y Secularidad* creado en el año 1967, al final del Concilio Vaticano II, por jesuitas como José Gómez Caffarena, Andrés Tornos y Alfonso Álvarez Bolado. Para comprender lo que vivíamos los jóvenes de los años sesenta y el papel que, concretamente, jugó José Luís Aranguren es imprescindible tener en cuenta la importancia que van a dar aquellos jesuitas de final de los años sesenta al diálogo entre cristianismo y marxismo y a la recepción en España de la filosofía de la sospecha. Esta orientación tiene mucha más importancia, a la hora de hacerse cargo de la Teoría Crítica de la Sociedad, que todos los prólogos de Jesús Aguirre.

Es cierto que Aguirre fue editor de muchos de los libros de Aranguren y que éste escribió el prólogo a su obra, *Sermones en España*, pero más allá de esta relación hay datos significativos que no aparecen en el libro. La evolución no pudo ser más dispar. Aranguren no acudió a la boda de Aguirre y nunca quiso formar parte de la Academia de la Lengua. Desde su expulsión de la cátedra se convirtió en un referente moral imprescindible contra la dictadura y mantuvo la resistencia al franquismo hasta el final; igualmente, mantuvo una posición de distancia con el poder socialista en los años ochenta de lo que después hablaremos.

El personaje de Aguirre puede ser más literario, pero el de Aranguren es mucho más importante. El problema es que Morán ha profundizado muy poco en la obra de Aranguren quizás por su alergia a todo lo que tenga que ver con la religión. Le pasa a más de uno. Ese desdén es el que ha provocado que suscriba el diagnóstico de muchos sectores conservadores, y de no pocos de la izquierda, que nunca reconocieron la rele-

vancia intelectual de Aranguren. Como no tenían más remedio que reconocer su valor cívico había, por ello, que insistir en su falta de valía intelectual.

No es sorprendente, pues, el alborozo con que la obra de Morán ha sido recibida por una parte de los sectores conservadores que están encantados de que alguien, proveniente de la izquierda, diga que en el fondo no hubo tanta resistencia al franquismo y, más aún, si se añade que los pocos que la ejercieron no produjeron obras de calidad. El diagnóstico es muy favorable para las tesis conservadoras: todos los intelectuales fueron de una u otra forma cómplices de la dictadura (porque ésta en el fondo habría sido una “dictablanda” según los conservadores) y los prestigios adquiridos por los pocos opositores habrían venido favorecidos políticamente sin responder a ningún mérito real.

3. Las polémicas de los años ochenta.

De nuevo aquí tengo coincidencias y discrepancias con el autor del libro. Coincido en la enorme importancia del diario *El País* para legitimar la cultura de la transición y para justificar las grandes decisiones políticas de los gobiernos de Felipe González; discrepo, en cambio, en que hubo mucha más resistencia de la que aparece en la obra aunque sus protagonistas no tuvieran las características literarias del duque consorte de Alba.

Hubo resistencia por parte de muchos intelectuales que se vincularon a los movimientos sociales contrarios a la OTAN, primero, y que apoyaron las reivindicaciones de los sindicatos, después.

Lo he estudiado al recopilar los escritos de José Luís Aranguren en la obra *La izquierda, el poder y otros ensayos*⁴. Hubo muchos que se acomodaron pero no fue el caso de Aranguren, tampoco el de Luis Gómez Llorente⁵ tampoco el de Manuel Sacristán, tampoco el de Francisco Fernández Buey, tampoco el de quienes apoyaron las reivindicaciones de los sindicatos desde el mundo de la economía crítica como Martín Seco o, posteriormente, a la vuelta del exilio como Vicenç Navarro. Hubo, también, muchos intelectuales que mostraron las luces y las sombras de la transición como Juan Ramón Capella o Carlos París.

Tampoco creo que se pueda despachar la aportación de Enrique Tierno Galván, que fallece en enero del 86, o de algunos de sus discípulos como Fernando Morán o Elías Díaz, equiparándolos a la complicidad entre el “felipismo” y el grupo PRISA (empresa editora de *El País*).

Puede que yo esté muy influido al valorar aquella época por mi experiencia política como portavoz de Izquierda Socialista, pero no encuentro huellas de aquellos combates en las páginas del libro de Morán. Es evidente que los socialistas de izquierda y los sindicalistas y los poscomunistas nunca tuvimos el apoyo del diario *El País* pero había más cosas en el mundo que el periódico de Jesús de Polanco.

⁴ Edición de Antonio García Santesmases. Madrid, Trotta, 2005.

⁵ García Santesmases, A. y Rocha, M. de la, *Luis Gómez Llorente: educación pública y socialismo*, Madrid, Catarata, 2013.

Existían plataformas y lugares de encuentro donde se fue ejerciendo una cultura de resistencia dentro del mundo socialista; no aparece para nada la importancia de la evolución de la UGT en el periodo del 88 al 94 cuando Nicolás Redondo rompe con el gobierno de Felipe González y propicia la unidad de acción con Comisiones Obreras hasta llegar a la huelga general del 14 de diciembre de 1.988. Tampoco se le da relevancia al resurgir, en aquellos años, de la coalición Izquierda Unida en el mundo del poscomunismo. No creo que se pueda entender el liderazgo de Julio Anguita sin tener en cuenta la importancia de revistas como *Mientras tanto* que han cumplido 35 años. Anguita lo acaba de reconocer en la obra *Atraco a la memoria*⁶.

Naturalmente se puede pensar que todas las iniciativas de las que hablo fueron minoritarias y no triunfaron en ningún momento: se puede pensar que simbolizan un mundo de luchas sociales y sindicales que nunca fueron hegemónicas. Es cierto, pero en ellas hubo esfuerzos intelectuales que no cuadran con esta imagen de un mundo donde todos se acomodaron y que el “felipismo” lo compró todo. Prefiero decir felipismo a PSOE porque el PSOE es algo más complejo en la historia de España y en la historia de aquellos años que el liderazgo, por relevante que fuera, de una sola persona.

La prueba de que todo aquello no fue una invención, y de que existía aunque fuera minoritario es la cantidad de obras que han ido apareciendo años después recogiendo esa experiencia. Obras que en muchos casos subrayan la ejemplaridad moral de la vida desarrollada por aquellos intelectuales pero, también, las ideas que defendían los que fueron minoritarios y siguen siendo hoy indiscutibles referentes ético-políticos.

Es evidente que hay muchos que recuerdan a Luís Gómez Llorente por su austeridad y a Julio Anguita por no aceptar ningún complemento a su pensión, pero es evidente también que tenían ideas sobre la escuela pública, la laicidad, la Europa de Maastricht o el euro que merecen ser discutidas. Ni fueron mandarines ni se sometieron.

Las convicciones que mantuvieron frente a viento y marea son esenciales para recordar la resistencia de los años ochenta; igualmente es esencial recordar que el apoyo que recibieron por el viejo Aranguren fue decisivo. Siempre recuerdo a este respecto una polémica entre José Luís Aranguren y Joaquín Leguina que refleja muy bien aquella época. Leguina insistía en que los ochenta eran los años en que perdimos la virginidad y nos dimos cuenta de que las cosas son como son y el mundo político no está hecho para soñadores ni para utopistas sino para gente capaz de tomar decisiones y de “arremangarse”. Aranguren le contestaba que quizás fuera así pero que él siempre mantendría, al menos, la nostalgia de la utopía de los sesenta, de esos años que él vivió en California cuando fue expulsado de la cátedra y fue solidario de aquellos jóvenes que creían que el mundo podía ser de otra manera. Eso le condujo a Aranguren a mantener una disidencia ante lo establecido que llegó hasta su muerte; una disidencia que le hizo invertir la evolución habitual de muchos otros. Son muchos, en efecto, los que son revolucionarios de jóvenes para acabar siendo conservadores de adultos; de esa forma logran abandonar a tiempo un corazón juvenil y sobrevivir durante años con una cabeza templada.

Esta evolución era enaltecida por el diario *El País*. Había, como se dijo en un libro que recogía los editoriales de la época, que *guardar la línea*; el comunismo no había

⁶ Andrade, J., *Atraco a la memoria. Conversaciones con Julio Anguita*, Madrid, Akal, 2015.

sido posible y tampoco hubiera sido deseable, era el momento de plegar y ser realistas. Los que desde dentro del socialismo querían otra política no se enteraban de nada y debían ser ignorados; los que desde fuera estaban dispuestos a luchar por la hegemonía dentro de la izquierda hacían el juego a la derecha. Ni dentro ni fuera esas tareas merecían reconocimiento. El acuerdo entre *El País* y el felipismo fue decisivo para esa operación de legitimación de lo establecido y neutralización de los discrepantes. Esa realidad está ahí y Morán acierta al recordarla; se puede expresar con más o menos exabruptos pero responde a mi juicio a la verdad.

Pero hubo minorías que, por decirlo con palabras de Sacristán, no se engañaron sobre la correlación de fuerzas ni se desnaturalizando abdicando de sus ideales. Existieron y tuvieron más fuerza de lo que aparece en esta obra.

Termino. Como dice Morán, la realidad es como es y cada uno tiene su mirada y está marcado por una experiencia. Al igual que Morán tiene la mirada del charnego quizás yo tenga la mirada del resistente minoritario que vivió con intensidad unos hechos sin imaginar que años después no mecerían siquiera una nota a pie de página.

Desde esa mirada parcial pienso que aprendimos mucho de nuestros maestros, que éstos no eran de barro; y sigo creyendo que jugaron un papel importante para mantener una firme disidencia a los avatares del realismo acomodaticio de aquellos años; esa es mi posición pero, como dice Morán, de quien más se aprender es del adversario. Es lo que a mí me ha ocurrido con *El cura y los mandarines*. Ni el cura tuvo tanta importancia ni sólo hubo mandarines. También hubo resistentes que debemos recordar y reivindicar.

La demolición y el principio de inclemencia de Morán —certeramente señalado por Toni Doménech— son en muchas ocasiones inaguantables y muy dolorosas cuando se lanzan contra personas a las que uno estima y valora. No puedo suscribir muchos de sus juicios pero lo que sí creo es que las sabatinas intempestivas seguirán teniendo en mí un lector impenitente todos los sábados. Quizás al lector le pase lo mismo al sumergirse en esta obra y vuelva a leerla una y otra vez para revolverse contra lo que no coincide con su posición y regocijarse cuando piensa que Morán es implacable pero da en el clavo. Desde luego no le dejará indiferente.